

Dos lenguas, dos literaturas en contacto: J. M. de Pereda y Narcís Oller

Laureano BONET
Universitat de Barcelona

En 1998 *Foro Hispánico* daba a la luz pública el monográfico “Literaturas de España 1975-1998: convergencias y divergencias”. Y abrió, para clarificar este tema, una encuesta desde Amsterdam donde participamos un grupo de filólogos, unos, especialistas en las letras españolas de expresión castellana y, otros, estudiosos de las restantes literaturas peninsulares. Frente a cualquier tentación centralizadora, mas evitando a su vez reduccionismos en exceso exclusivistas, parte de mi respuesta a dicho cuestionario pretendía, al contrario, resaltar la riquísima interacción existente entre las literaturas hispánicas a lo largo de los siglos. En mi caso, y como quiera que vivo en una comunidad donde coexisten dos idiomas, opté por valorar las conexiones entre la literatura castellana y la literatura de expresión catalana, ilustrándolas con un pequeño número de autores. Decía a ese respecto que:

Nuestro pasado cultural fluye como un constante trasiego de las diversas literaturas hispánicas: Alonso Quijano contempla fascinado en una imprenta barcelonesa la preparación de un libro en lengua castellana. Moratín hijo pasea por las calles de Barcelona y absorbe el habla catalana; algún texto de E. Pardo Bazán aflora en Jacint Verdaguer y éste constituye una de las simientes del *Nazarín* galdosiano; Valle-Inclán aviva en Salvador Espriu una cierta poesía expresionista y, finalmente, Jaime Gil de Biedma influye en Gabriel Ferrater y éste en aquél.

Y proseguía tales reflexiones enfatizando que eran “fruto [...] de mi experiencia como lector, crítico y profesor de literatura española: palabras ante todo relativistas y un poco escépticas”. Para concluir que “Pienso [...] si en el futuro no sería útil la creación en nuestros departamentos de filología de una asignatura [...] que se llamase *Literaturas comparadas hispánicas*. Puede ser una solución encaminada a que los pueblos de España se comprendan mejor en lo cultural y rehúyan ese penoso juego de endogamias territoriales que nos invade con tanta voracidad”¹.

Ruego perdonen estas autocitas que, por desgracia, se han comido ya una sustanciosa cantidad de minutos en la lectura de la comunicación: constituyen, empero,

1. Van Hoof 1998: 110.

el eje en que descansan las presentes cuartillas. Eje, además, que encarnaré en dos figuras relevantes de las letras hispánicas del XIX y buen ejemplo de una amistad sin zonas de sombra, como lo atestiguan innumerables cartas privadas y papeles públicos: José María de Pereda y Narcís Oller. El primero, indiscutible figura del realismo español y lector atento de numerosos textos en lengua catalana: lector e, incluso, traductor al castellano de algunos de ellos. El segundo, literato en lengua catalana y, a la vez, seducido siempre por la narrativa del propio Pereda, Galdós, Pardo Bazán y Clarín. Protagonistas ambos de esta comunicación pero rodeados de otras figuras que asomarán fugazmente en los próximos párrafos: los antes citados Galdós y Alas, Menéndez Pelayo, su maestro Milá y Fontanals (lector escrupuloso también de Pereda), Joan Sardà, Apel·les Mestres o, ya en el siglo XX, Unamuno y Josep Pla.

Fijémonos en el título de esta comunicación: *dos lenguas, dos literaturas en contacto* y ello, cabe reiterarlo, encarnado en un par de escritores pertenecientes a la élite cultural de la Restauración. Contacto, inter-acción, acaso fecundación mutua y —en el terreno del hecho artístico— trasiego de ideas, imágenes, experiencias: en suma, trans-textualidades que se diseminan por la escritura ya sea ésta epistolar o, en algún caso, narrativa. Al tiempo que cuestionamiento de cualquier coartada en exceso teórica: de ahí que tal inter-acción se encarne aquí en dos figuras culturales muy precisas.

Ese afán por rehuir cualquier señuelo abstracto se inspirará, además, en Jürgen Habermas quien invita al analista a descubrir en la intersubjetividad de los “sujetos de acción” y de su ejercicio cultural, el “mundo de la vida”², privilegiándose las “acciones comunicativas” en su más estricta materialidad³. Tal ocurre con casi las cuatrocientas cartas que se intercambiaron Pereda y Oller, las escritas por éste, desgraciadamente extraviadas o, quizá, destruidas en tiempos dramáticos de nuestra historia. Por el contrario, las ciento noventa misivas del primero reposando en el Fondo Narcís Oller (al amparo, hoy, del Arxiu Municipal de Barcelona) y que constituyen un tesoro todavía no aquilatado en su totalidad.

Es en dichas carpetas ollerianas donde toma cuerpo esa *comunicabilidad* entre los dos autores, puesto que contienen una serie de documentos que hablan a las claras de una densa interacción intelectual entre ambos. Recortes de prensa alusivos a las libros peredianos o a la polémica en torno al regionalismo literario como respuesta al canon madrileño (tan agria en los primeros noventa). Algún escrito sobre el primer encuentro, en la Barcelona del 84, de ambos novelistas: por ejemplo, el autógrafo inédito *De com coneguí a Pereda*. O, tras la muerte del narrador cántabro, un repertorio de obituarios, sin desdeñar la traducción al castellano que éste realizó del relato de N. Oller “Natura”, primero como manuscrito y, después, como pieza impresa en *El Liberal* en enero de 1897⁴. O, por último, la tensión

2. Habermas 2000: 191 y 36

3. Habermas 1987: II, 169

4. “Natura” forma parte del libro *Figura i paisatge*, que vio la luz en las primeras semanas de este mismo 1897, bajo el sello editorial de *L’Avenç*. No obstante, la traducción perediana tuvo lugar un año atrás, en de enero de 1896: véase Fons Narcís Oller, mecanoscrito 5D.53-16/C39-4a-b y recorte de prensa 5D.53-16/C 39-4a-b.

máxima de esa ‘materialidad’ documental que condensa casi un cuarto de siglo de tantas y tantas complicidades, y constituida por la nota puesta por Oller a la misiva que su amigo le remitió el 4 de febrero de 1906: “Aquesta és l’última carta que el meu admiradíssim amic Pereda m’ha dirigit. A mitja nit del 1 de Mars lo pobre passà a millor vida”⁵.

Puede ser útil pararse unos minutos en este ramillete de misivas peredianas remitidas desde Cantabria: un ámbito de “praxis comunicativa” nada desdeñable, recordando nuevamente a J. Habermas⁶. A Virginia Woolf el lector de cartas se le antojaba un espectador que —bien arrellanado en su butaca— observa el ir y venir de una mente como si se tratase de una representación teatral⁷. ¿Cuál puede ser la principal sensación de ese ‘espectáculo’ epistolar entre Pereda y Oller, un espectáculo que levanta el telón el 25 de enero de 1884 y se cierra en los comienzos de febrero del 1906? En primer lugar, las notables afinidades que muestran ambos escritores: afinidades de todo orden, si bien no debiérsele por supuesto desdeñar que el remitente de una carta intenta en lo posible adecuarse al horizonte moral de su destinatario.

En este sentido a lo largo del discurso epistolar perediano va esparciéndose un aura simpatética que logra disolver las, a su vez, indiscutibles diferencias que existen en dos personalidades tan vigorosas y, no se olvide, de distinta onda generacional. Así lo demostrarían los abundantes *ecos* ollerianos existentes en ese discurso: recuérdese que todo intercambio epistolar es una “conversación con el ausente” —en cita de Víctor S. Pritchett—⁸, o un diálogo “mental”, en calificativo, ahora, del mismo Pereda⁹. Y, como ocurre en todo diálogo, las preguntas y las respuestas se alimentan unas a otras en forma de doble melodía que logra, en momentos inolvidables, fundirse en un único hilo verbal, repleto de intimidades. Tal acontece cuando el autor de *La puchera* le revele a su amigo alguna “burbuja de dolor” tras el suicidio de su hijo¹⁰... Y es bien ilustrativo, por mencionar otro ejemplo, que Pereda se sienta orgulloso de poseer un par de retratos fotográficos de Oller¹¹, mientras que éste tiene colgado en su despacho uno del escritor cántabro, junto a los de Galdós, Dickens, Daudet, Tolstoi y Zola¹².

Cuando se desarrolla entre dos interlocutores que formaban parte de la sociedad literaria de la Restauración ese ‘hablar epistolar’ va creciendo con los años al modo de una *enredadera*, si hacemos nuestra, ahora, la imagen contenida en *Fortunata y Jacinta*¹³. Estas misivas alargarán poco a poco sus tentáculos por el interior del mi-

5. Fons Narcís Oller, *ms.* 5D.53-16/C47-5. No adaptaré la lengua catalana de estos y otros documentos, escritos en el tránsito del siglo XIX al XX, a las normas ortográficas establecidas más tarde por Pompeu Fabra.

6. Habermas 2000: 27.

7. Woolf 1969: III, 61.

8. Pritchett 1991: 1.298.

9. Carta del 5 de noviembre de 1895; Bensoussan 1970:351.

10. Carta con fecha 3 de marzo de 1894; Bensoussan 1970:291.

11. Carta escrita el 5 de mayo de 1894; Bensoussan 1970:308.

12. Carta del 11 de junio de 1887; Shoemaker 1963-64: 283.

13. Pérez Galdós 1887: I, VI, 1.

crocosmos familiar de ambos escritores, cómplices en tantas creencias, aventuras y confidencias. En ese ámbito resulta apasionante comprobar cómo van visualizándose las dos familias hasta alcanzar a ser tales epístolas un diálogo poblado de muy dispares resonancias. Abundan, por ejemplo, las alusiones a que las dos hijas de nuestros novelistas ha iniciado de igual manera su particular ‘conversación’ desde la distancia, surgiendo asimismo numerosas complicidades entre ellas: el “tratado de las dos Marías”, conforme escribirá con pluma embromada Pereda¹⁴

Pero qué duda cabe que esa ‘enredadera epistolar’ supera el ámbito de la *privacy*, horadando sus muros, para abrirse por el espacio público de la sociedad y la cultura del último tercio del XIX. De ahí su enjundia documental. Noticias acerca de los libros recién publicados de Galdós y Clarín, en ocasiones no libres de reproches: Pereda, por ejemplo, comparte con Oller su admiración por Alas —“un excepcional ingenio”—, al tiempo que aludirá a los “enormes defectos” de *La Regenta*, aun cuando sea “obra de un novelista de altísimos vuelos”¹⁵. Comentarios a la vez respetuosos e irónicos sobre Pardo Bazán: el gran valor de *Los pazos de Ulloa* —“sobriedad y fuerza de color extraordinarias”— y, al contrario, los afanes esnobistas de esa dama, una dama “insufrible” coincide Pereda con Oller¹⁶.

E, igualmente, numerosas consideraciones a propósito de las figuras mayores de las letras catalanas: Yxart —autor de “libros [...] magistrales”—¹⁷, Sardà, Pin i Soler, Verdaguer (a juicio de don José, “el *único* poeta épico que hoy tiene España”)¹⁸. Guimerà, autor que le produce “asombro”¹⁹, confiesa, y de quien dice en texto que profundiza, además, en el tema de la convivencia de las diversas lenguas hispánicas:

Fuera de Shakespeare no conozco estilo dramático más grandioso que el de Guimerà. Es una desgracia para la literatura nacional que las obras de ese gran poeta no puedan saborearse como en Cataluña en el resto de España; porque para ello, no basta con traducirlas: se traducirá la idea pero no la grandiosidad de la frase en que la envolvió el poeta. Lo que se necesita es popularizar en Castilla el catalán; y esto es lo que han de ir logrando poco a poco Guimerà y V. y otros ingenios sobresalientes de Cataluña, por la virtud misma de sus obras admirables²⁰.

Sería útil estudiar las posibles concomitancias —e incluso huellas recíprocas— entre Guimerà y Pereda. Algo de ello sugirió Ricard Salvat en 1974 al aludir, con ocasión de mi antología *La leva y otros cuentos*, a “[els] molts punts de contacte”

14. Carta del 8 de julio de 1892; Oller 1962: 187.

15. Cartas remitidas el 11 de junio de 1885 y el 9 de noviembre de 1885; Bensoussan 1970: 162 y 169, respectivamente.

16. Cartas escritas el 26 de diciembre de 1886 y el 14 de mayo de 1886; Bensoussan 1970: 182 y 176, respectivamente.

17. Carta del 26 de marzo de 1886; Bensoussan 1970: 174.

18. *Nubes de estío* 1999: XIII.

19. Carta escrita el 11 de marzo de 1890; Bensoussan 1970: 206.

20. Carta con fecha 31 de julio de 1888; Bensoussan 1970: 195.

entre ambos, puntos de contacto psicológicos y estéticos, al tiempo que sus ambivalencias ante el naturalismo a causa del costumbrismo que habita en sus obras²¹. (*Terra baixa*, dada al público en 1896, un año más tarde que *Peñas arriba*, podría ser buen indicio de tales concomitancias, con sus tensiones entre la altura purificadora de la montaña y las bajuras tóxicas de la urbe)²². Pero, al lado de Guimerà y Verdaguer, no es posible olvidar otras firmas menores, o no tan conocidas, si bien autores todos ellos con los que Pereda mantiene igual trato epistolar y constituyen, amén de interlocutores en la lejanía, amigos con quienes departirá en sus tres estancias en Barcelona. Estancias que tuvieron lugar en 1884 —con el homenaje del Ateneo Barcelonés, al calor de G. Vidal de Valenciano, Frederic Rahola, Melchor de Palau y Narcís Oller—; 1892 —con motivo de su participación en calidad de mantenedor de los Juegos Florales de este año, y cuyo discurso sería vertido al catalán por Oller— y 1898 —como visita íntima para “abrazar” a éste, y en unas jornadas bien dramáticas para España: estaba teniendo lugar el descalabro de las Filipinas—²³.

Mas tales encomios nunca resultan abstractos: responden a una lectura de esos textos escritos en catalán pues, al igual que Menéndez Pelayo, nuestro novelista conocía bien dicho idioma —pese a que “no me es tan familiar como el castellano”²⁴, le confesará a Oller—. E incluso le gustaba utilizar algún giro, alguna palabra en sus cartas (la inter-comunicación lingüística en forma, pues, de transtextualidad que confirma lo fecundo que puede llegar a ser la hibridación de un escrito literario). En algunas misivas el autor de *La leva* se despedirá de Oller recurriendo a la fórmula «[su] amigo del alma, que tanto le *anyora*», de acuerdo con la grafía catalana, eso es, utilizando el grupo /ny/²⁵. Tardaría aún un cuarto de siglo para que *anyorar* / *enyorar* se incorporase ya oficialmente al castellano, convirtiéndose en *añorar*, por medio del cambio de aquel dígrafo por la articulación simple /ñ/, conforme atestigua el *Diccionario de la Academia* en su edición de 1925...

En otras epístolas la despedida, a medias castellana y catalana, puede ser también la de “[sus] amigos de *debó*”²⁶, en referencia al grupo intelectual montañésista, tan abierto a las letras de nuestro Principado. Y cuando tenga lugar la traducción al español de “Natura” las cartas peredianas alcanzan singular valor documental o, mejor dicho, son ya literatura en gestación, convirtiéndose ahora en *profesionales*. Se ve en ellas a un Pereda muy consciente de su oficio: preguntas sobre modismos, dicciones rurales en lengua catalana que desconoce; sus sugerencias sobre la oportunidad de suplantar alguna contracción onomástica de los personajes puesto que

21. Salvat 1974: 31.

22. Estudio esas analogías (y quizá algún posible recuerdo de *Peñas arriba* en *Terra baixa*) en “Narcís Oller i José M. de Pereda en diàleg: un text compartit”, ponencia ofrecida en el coloquio internacional *La construcció contemporània del sistema lingüístico-literari català*, Barcelona-Vic-Folgueroles, 6-8 de noviembre de 2008 y en vías de publicación.

23. Carta con fecha 29 de abril de 1898; Bensoussan 1970: 406.

24. Carta del 19 de enero de 1889; Bensoussan 1970: 199.

25. Carta escrita el 21 de julio de 1893; Oller 1962: 247.

26. *Ibid.*; Oller 1962: 247.

‘suenan’ muy rara en castellano... Sí, dos hablas *en contacto*, que, al menos en estos últimos casos, se imbrican ya en profundidad, rotas en consecuencia las hebillas del ordenancismo académico: el elogio que hace Pereda al catalán que escribe Oller —“viril y nervioso”²⁷— podría aplicársele al castellano que prodiga el autor cántabro en sus mejores relatos.

Pero aún hay más: como quiera que Pereda es escritor de raza y su tan sutil oído ha ido capturando los pliegues del habla castellano-leonesa (hasta transmudarla en su mundo verbal más íntimo) resulta un espectáculo muy atractivo observar cómo este discurso literario tan inconfundible constituye casi una imagen simétrica de la lengua olleriana, imagen refleja y, a la vez, cien por cien perediana. La traducción, por tanto, mucho más que un eco pasivo o simplemente ‘parasitario’: la puesta en acción, al contrario, de la escritura perediana más limpia, con lo que tiene lugar una sugerente recreación de un idioma por otro. Lo que dice el autor polanquino a propósito de la traslación olleriana de unos relatos de Tolstói —bajo el título de *Un llibre trist*— podría muy bien aplicársele a esa versión suya de “Natura”: “De la traducción sólo puedo decirle, que me ha parecido estar leyéndole a V. en sus obras originales, lo que yo deduzco que ha de ser excelentísima”²⁸.

Estas cartas no suelen alcanzar, al contrario, un valor especulativo muy destacable: el mismo autor lo reconoce en ellas y, también, en otras epístolas dirigidas a Menéndez Pelayo, Galdós o Clarín —es hombre poco dotado para las “abstrusas disquisiciones”²⁹, confesará al primero—. Si en ocasiones ocurre que una carta parece “ensayismo disfrazado” (en términos nuevamente de V. Woolf)³⁰ resulta tarea bastante ingrata localizar en estas misivas grandes especulaciones literarias. Ahora bien, los juicios peredianos pueden llegar a ser incisivos como dardos, irónicos, e incluso crueles, al referirse a autores o escritos ajenos. En esos papeles epistolares puede saltar algún comentario sorprendente que, incluso, colisiona con la imagen pública del autor montañés: a saber, su respeto hacia Zola, pese a que “no sea santo de mi devoción por su *especial* naturalismo”³¹. Un Zola al que elogiará en su carta-prólogo a la edición francesa de *La papallona*, preparada por Albert Savine. A ese objeto, y en misiva del 3 de diciembre del 85, comenta a Oller (haciendo suyo un enfoque naturalista del arte) que:

La Carta de Zola me enamora, no solamente por su hermoso laconismo, sino porque lo que dice de V. y de su novela es lo mismo que diría yo si supiera decirlo como él. [...]. La atinada observación de Zola debieran tenerla presente los seudocríticos españoles que no saben elogiar un libro de ese género sin referirle por entero a los procedimientos [...] de aquel autor, como si la personalidad literaria de un novelista no debiera tomarse en cuenta para nada, y hasta en los resabios de escuela no se dejara

27. Carta escrita el 22 de agosto de 1886; Bensoussan 1970: 178.

28. Carta del 30 de noviembre de 1897; Bensoussan 1970: 399.

29. Carta remitida el 13 de octubre de 1883; M. F. de Pereda y E. Sánchez Reyes 1953: 77.

30. Woolf 1969: III, 60.

31. Carta del 8 de abril de 1885; Bensoussan 1970: 160.

sentir la influencia del carácter y de las costumbres, del *medio*, como ahora se dice, en que el escritor respira³².

O asimismo, diversas reflexiones —en este caso muy perspicaces— sobre la obra literaria de Oller, sobre todo acerca de *La papallona*, *La febre d'or*, *La bogeria* y *L'escanyapobres* (cuyo protagonista quizá tuviera presente Pereda cuando urdió más tarde la malsana figura del Berrugo, el usurero de *La puchera*).

Un adentramiento por estas epístolas —y en paralelo con la lectura de las *Mèmories* de Narcís Oller— pone al descubierto las antes sugeridas afinidades entre los dos escritores. Verbigracia: una cierta atenuación del realismo por medio de algún tipo de idealización, a menudo moralizadora, por mucho que el autor de *Las brujas* cuestione en diversas cartas la literatura de tesis con ocasión, sobre todo, de *La bogeria* y *Electra*. Tal ocurre en la misiva escrita el 27 de febrero de 1884 donde Pereda habla que su interlocutor ha alcanzado un raro equilibrio entre el realismo idealizador y un idealismo realista. Comenta, refiriéndose a *La papallona* y *Notas de color* (en palabras que podrían aplicársele a él) que

Sabe Ud. unir, con arte maravilloso, lo más real que cabe dentro del idealismo, y lo más ideal que se concibe dentro de la realidad; tacto que no se adquiere con los preceptos de ninguna *escuela* determinada, sino que es obra de una complexión particularísima y natural del escritor, como la que a Ud., por fortuna suya, le cupo en suerte³³.

Otra coincidencia —y de la que suelen hablar ambos autores— radica en su estatuto de literatos no profesionales: *escritores de verano*, sin la menor duda, al igual que existen *peintres de dimanche*. Pereda en su lujosa casona de Polanco, Oller en Puigcerdà: éste le confesará a Galdós —profesional de la pluma— que es un simple “aficionado” a las letras³⁴. Un estatus, fruto de una holgura económica refinadamente burguesa, que les evita introducirse en ese ambiente áspero (la lucha cultural “a ciegas” en el seno de la metrópoli, según describiera Clarín)³⁵, pese a que ello les avive una inseguridad que los aúna igualmente. “No tiene perdón de Dios esa desconfianza que le enerva”³⁶, le recriminará Pereda a Oller, a causa de sus muchas vacilaciones en proseguir, o no, la composición de *Vilaniu*.

32. Carta del 3 de diciembre de 1885; Bensoussan 1970: 170-171.

33. Carta fechada el 27 de febrero de 1884; Bensoussan 1970: 137. Llama la atención alguna analogía entre *La papallona* y *Sotileza*: dos historias sobre huérfanas de las clases populares urbanas, protegidas por gente de su entorno y cuya relación amorosa con jóvenes del medio burgués (sólo una sospecha malévolamente en el caso perediano) deriva en peligro, malestar, autodestrucción o, simplemente, en barrera insalvable. Pero no quisiera hablar de posibles huellas de una novela en otra: haciendo mío el juego de palabras de un crítico, I would like not being contaminated by the influenza of influences... Pereda debió leer *La papallona* «cap a la tardor de 1883» (Oller 1962: 31), y empezaría ya a redactar *Sotileza* “el 18 de junio de 1884” (González Herrán 1983: 217), tras casi dos años de titubeos e incertidumbres.

34. Carta del 28 de julio de 1886; Shoemaker 1963-64: 280.

35. Alas 2003: 1.059.

36. Carta remitida el 11 de marzo de 1890; Bensoussan 1970: 206.

Un pulcritud, una elegancia que se refleja a su vez en las cartas a Oller, persona de “gusto exquisito”³⁷: el polanquino, en este caso, encargaría al autor barcelonés la adquisición de los más diversos ornatos domésticos (mobiliario, estores, alfombras para decorar su morada). Sobre todo en la década de 1890, y como respuesta casi instintiva ante el suicidio de su hijo: pues “mientras me ocupo de estas nimiedades, me duele menos la herida”³⁸. Sin olvidarnos de una estricta religiosidad en ambos casos, si bien más flexible en Oller, aunque evitando traspasar siempre las lindes de la heterodoxia, frente a la tiesura sin matices de un Pereda: la actitud nada comprensiva del autor de *La papallona* ante el ‘caso’ Verdaguer (el sacerdote mesiánico y rebelde) así lo corroboraría, ante la sorpresa de un Galdós, tan cercano al creador de *L’Atlàntida* y al que arrojaba con unas más que visibles caracterizaciones ‘crísticas’ que remiten, como es bien sabido, a la personalidad de Nazarín³⁹.

Las afinidades entre nuestros dos autores en lo tocante al regionalismo político-literario son a su vez muy acusadas, y bastante más de lo que en principio podría colegirse. Deslicé en mi edición de *La puchera* —allá por el año 1980— el concepto de que el regionalismo perediano era sobre todo “sensorial”, “esteticista” y apenas político⁴⁰, por lo que no podía coincidir con el catalanismo en su vertiente más extrema, surgido de las 17 bases manresanas acuñadas por la Unió Catalanista en marzo de 1893, pocas semanas antes de la estancia del novelista en Barcelona para —como se dijo ya— ejercer de mantenedor en los *Jocs Florals*... Frase que quizá ahora debiera matizar un poco tras la tan dificultosa preparación de mi otra edición de *Peñas arriba*. También en lo político se presenta Pereda holgadamente descentralizador, según se infiere de su discurso en esos Juegos, aun cuando sea expuesto de manera un tanto borrosa: la unidad de la patria —afirma— es algo más que “el prestigio de un puñado de cláusulas estampadas en un libro bajo el rótulo de *Leyes del Estado*”.

37. Carta del 7 de noviembre de 1893; Bensoussan 1970: 272.

38. Carta con fecha 1 de febrero de 1894; Bensoussan 1970: 285.

39. Las *Memòries literàries* de Oller aportan sabrosas noticias sobre el ‘caso’ Verdaguer y la disparidad de criterios entre Galdós y el autor de aquéllas. Véase, a ese respecto, Oller 1962: 276-279, 290-292 y 294-299. En el homenaje que *Catalunya Artística* rinde el 19 de junio de 1902 a la memoria de Jacint Verdaguer, diversos escritores ofrecen sentidas glosas —bajo el epígrafe de “Corona de perpetuinas”—: entre ellos Galdós, Pereda, Núñez de Arce y Echeagaray. El creador de *Nazarín* declara entre otras cosas, en texto recogido ya por W. E. Pattison en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1970-71 —mas sin ofrecer sus señas de edición—, que “el insigne Verdaguer” fue “raro ejemplo de la perfecta unión entre el hombre y el artista, modelo de sacerdotes, gran poeta sin otro modelo que Cristo. Imitador de Cristo en la moral y en la poesía, ha sido el último o el más visible de sus discípulos. En Barcelona y en Madrid le vimos con la cruz a cuestras, y aspiramos la inefable fragancia de sus *Flores del Calvario*. Hoy le glorifica con Barcelona, España entera, sin que puedan impedirlo sus perseguidores. Anás y Caifás”. Mientras Pereda escribe —en misiva a Oller que éste reproducirá en dicha revista— que “tuve la honra de ser su amigo y leía y leo sus obras con fervorosa admiración. Si ya me asombraban sus alientos de épico y su dulzura de místico cuando se contaban con los dedos los castellanos que le conocían de nombre”. Tal texto corresponde a la carta escrita el 14 de junio de 1902; Bensoussan 1970: 433. Al autor montañés le contrariaron mucho esos juicios galdosianos: “Todo mi disgusto se queda circunscrito a la conducta de Galdós que, según noticias que yo tengo, conoce la verdad y, sin embargo, se va con la calumnia” (carta con fecha 2 de julio de 1902; Bensoussan 1970: 435).

40. Bonet 1980: 39.

Por el contrario, tal unidad —matizará— brota del “cultivo” y “engrandecimiento” de la región, una región acotada por las “sabias leyes de la Naturaleza”⁴¹, muy en la línea todo ello, qué duda cabe, de un pensamiento tradicionalista que nace de Antonio de Capmany y su *Defensa contra franceses*, prosigue con el matrimonio Böhl de Faber y se fortalece a lo largo del siglo XIX con el foralismo carlista. Ahora bien, una borrosidad que, poco después, se evapora ya en *Peñas arriba*: a medias federalista y municipalista proclamará aquí don José (por boca del Solitario de Provedaña) que:

yo le diría al Estado [...]: ‘Tómame lo que en buena y estricta justicia te debemos de nuestra pobreza para levantar las cargas comunes de la patria; pero déjanos nuestros bienes comunales, nuestras sabias ordenanzas; nuestros tradicionales y libres concejos; en fin [...], nuestra autonomía municipal, y Cristo con todos’⁴².

No, por supuesto, el federalismo socializante, inspirado por Pierre-Joseph Proudhon, que invocaba Francisco Pi y Margall (traductor, no se olvide, de su *Du principe fédératif*). Sí un cierto “federalismo instintivo”, el perediano, si no resulta excesivo este epíteto de Menéndez Pelayo aplicado a la “raza” española, que cuestiona la “unidad niveladora” del “racionalismo” centralista *a la francesa* que —en su sentir— “ha pulverizado y deshecho los organismos históricos”⁴³. A su vez Narcís Oller, inserto en la misma cala generacional de Galdós, sería en parte fruto mental de la revolución del 68: esa revolución tan adversa para el polanquino, *herida ideológica* que nunca logró cicatrizar por entero aun cuando, paradójicamente, nutriera su mejor escritura. En parte, digo, puesto que su republicanismo federalista —inspirado por Valentí Almirall— entrará en conflicto con un abierto recelo hacia la revuelta popular que se desencadenó por aquellos días, habida cuenta su condición de hijo de la burguesía acomodada del campo de Tarragona, tal como expone en su relato “La revolució de setembre”, reimpresso en *Impressions i records*.

Conforme va acercándose el fin de siglo, y se agudiza la crisis política, la descomposición del sistema canovista, y, por último, el Desastre del 98, parece radicalizarse en Oller su catalanismo, mas sin acercarse a actitudes secesionistas. Eso se trasluce, sobre todo, en su activo papel como presidente de los Juegos Florales de 1896 disolviendo cualquier estridencia política, muy en especial con vistas a no desairar a José Echegaray, a la sazón mantenedor de tales Juegos y en cuyo discurso de gracias confesará sin ambages “asociar[se] al “movimiento literario de las

41. “Discurso de gracias del mantenedor D. José María de Pereda”, *La Vanguardia*, 9 de mayo de 1892.

42. Pereda 2006: XIV.

43. Menéndez Pelayo 1908: 58 y 52. La antítesis —en palabras de Oller— entre la “idea abstracta” del Estado, o Constitución, y el arraigo sensorial, “tangible”, en la patria local constituía un debate sin fin en la España canovista (1896: 10 y 11). Sobre ello habló con rigor L. Alas en su prólogo a *La lucha por el derecho*, de R. von Ihering (1881), e inspirándose en *Las nacionalidades* de F. Pi y Margall.

regiones”. Para concluir subrayando que “Cataluña y Aragón son dos ramas y un mismo tronco, pues ambas dos formaron una nación, una patria”⁴⁴.

Y ello pese a que Oller se defina ante Galdós como “separatista” si bien en otra carta matices, con buen humor: “mi separatismo es, en realidad, platónico”⁴⁵. A cuenta de lo político el epistolario entre Oller y Galdós está trufado de estas, u otras, exclamaciones rotundas, pero rotundas en apariencia, pues ambos autores llevan a cabo, en rigor, un apasionante intercambio de burlas, paradojas, muy distinto al tono más melancólico que se trasluce en las cartas peredianas —una melancolía que irá acentuándose a medida que el novelista cántabro vaya envejeciendo—. El tan jacobino Galdós, escéptico ante el uso literario del catalán ironiza, a su vez, y lo que podría haber sido un cruce de cartas algo áspero concluye, a la postre, con bromas compartidas con su interlocutor de Barcelona. Y es de notar en dicha pugna humorística que cuando éste le pida un retrato suyo para enriquecer su iconoteca, Galdós se lo remita con una nota en catalán: “A Narcís Oller, el seu amic y company B. Pérez Galdós”⁴⁶...

Estos apuntes acerca del regionalismo perediano de cepa carlista y el ya tan perceptible federalismo olleriano permiten adentrarnos en uno de los puntos centrales de la presente comunicación: las posturas de ambos novelistas acerca de la lengua y la literatura catalanas en el ámbito hispánico. A la altura de los primeros 1890 diversas epístolas del autor santanderino hacen alusión al eco que obtuvo su tan estridente “Palique” de *Nubes de estío* en la élite barcelonesa, siendo indudable respuesta al calor amical e intelectual que le mostró Oller en alguna de sus misivas⁴⁷. No se olvide, una vez más, que toda correspondencia es un diálogo entre dos sujetos que *hablan* desde la distancia y se adentran psíquicamente en un muy privado espacio de sociabilidad: un espacio poblado de relatos compartidos y en el que emerge (volviendo a V. S. Pritchett) “el yo íntimo del momento”⁴⁸.

Ahora bien, otra noticia a tener muy en cuenta —y que nadie, creo, ha mencionado— hace referencia a que la semilla inicial de ese “Palique” anida ya en alguna carta previa que Pereda había remitido, a su vez, al autor de *La bogeria*. A ese respecto, en fecha tan temprana como 1884, y en la misiva antes mencionada, empieza a delinear Pereda las argumentaciones —e incluso algún enunciado suelto— que siete años después volverán a salir a la luz en *Nubes de estío*. Razonamiento que cabría resumir con la bipolaridad esgrimida por Sardà en su reseña a *Sotileza* entre

44. “Los Juegos Florales”, *La Vanguardia*, 4 de mayo de 1896. Sobre la actitud conciliadora del novelista catalán en estos *Jocs Florals*, con el fin sobre todo de no deshonrar a Echegaray —defensor del “dret del catalanisme a la vida”— véase Oller 1962: 273.

45. Cartas remitidas el 28 de noviembre de 1887 y el 8 de febrero de 1886; Shoemaker 1963-64: 285 y 272.

46. Fons Narcís Oller, 5D.53.2/43.

47. En la biblioteca personal de Narcís Oller, custodiada por el Arxiu Municipal de Barcelona, figura un ejemplar de la primera edición de *Nubes de estío* con esta dedicatoria del autor: “A Narciso Oller, su comp^o, admirador y am^o devotísimo J. M. de Pereda”. Por desgracia no consta en sus páginas ninguna marca, o apostilla autógrafa, del escritor catalán.

48. Pritchett 1991: 1298.

el “dret a l’autonomía artística” y “[els] models legals” de “la Porta del Sol”⁴⁹: *models legals* o, claro es, un muy preciso paradigma literario puesto en duda aquí. Veámoslo: escribirá Pereda con prosa algo irascible —como reacción a las quejas de Oller por no poder disfrutar del “calorcillo de la crítica” madrileña⁵⁰— que:

El hielo de los desdénosos madrileños que valen y la presunción estúpida de los Tueros y Cortones, hay que romperlos a puñetazos; y, créame Ud., se rompen cuando hay puños como los que han sostenido la pluma que escribió *La Papallona* y las *Notas de color*; porque el artista no deja de serlo por hablar en catalán, ni por escribir en vizcaíno, como decía Cervantes; y el arte se abre paso siempre entre los doctos, y se impone a los mentecatos. Por de pronto, consuélase Ud. con saber que *La Atlántida*, el mejor poema épico, el único de este siglo en España, traducido ya a todas las lenguas cultas, apenas es conocido en Madrid de una docena de personas⁵¹.

A la luz de este capítulo de *Nubes de estío* las tácticas que formulan nuestros dos autores son bien ostensibles (y la polémica levantada en la prensa toma cuerpo, una vez más, en los abundantes recortes que atesora el archivo de Oller). Tácticas que podrían resumirse de esta manera: frente al papel hegemónico de la crítica madrileña, los regionalismos literarios piden la voz y aspiran, también ellos, a crear núcleos de poder y —en el caso catalán— en lengua no castellana. Sin embargo, no rehusarán el castellano como *koiné* que les permita asentarse en el resto de España y en América Latina: no escasean entre los documentos ollerianos recortes de la prensa argentina que recogen narraciones suyas vertidas al castellano e, igualmente, reseñas a sus mejores obras.

Debiórase, por lo tanto, corregir esta injusticia histórica y destacar —en ello Pereda es muy contundente— la calidad de los frutos artísticos en lengua catalana. En el fondo, empero, no resulta difícil observar una cierta incoherencia en el escritor de Polanco y a su vez, aunque de manera más leve, en Oller por construir dicho “modelo de acción estratégica”⁵². Ese antimadrileñismo apenas se aviene con la preponderancia que otorga Pereda a la capital del Estado en cuanto “foco productor” de literatura (así lo llama él) en su triple filo de industria editorial, mercado en expansión y, por consiguiente, generación de unos valores estéticos muy puntuales⁵³. Como es bien sabido logró Pereda crear una utilísima red de intermediarios —distribuidores y críticos— que propiciasen la más óptima recepción de sus novelas, casi todas ellas, además, impresas en Madrid: una *oficina* efficacísima, sin ningún cabo suelto. También estas misivas recogen, claro está, el interés de Oller por ver traducidos al castellano —y editados en Madrid— sus libros: una vez más

49. Sardà 1914: 228.

50. Carta del 15 de enero de 1891; Bensoussan 1970: 215.

51. Carta escrita el 27 de febrero de 1884; Bensoussan 1970: 136.

52. Habermas 2000: 157.

53. Carta del 6 de abril de 1897; Bensoussan 1970: 389.

podemos rastrear en su archivo cartas, periódicos que hablan a las claras de dicha ansiedad por ganar plaza en la Corte o, al menos, dejarse oír allí.

Desgraciadamente no contó Oller con un aliado tan eficaz como Echegaray, fiel colaborador de Guimerà —un Guimerà que solía triunfar en Madrid, en el doble plano de la recepción crítica y pública, según lo atestiguan diversos comentarios de Pereda a su interlocutor barcelonés—. Se intuye que, en algún momento, el escritor cántabro se ofrece a trasladar al castellano diversas obras de Oller pero, como quedó dicho antes, se redujo ello a la versión —bellísima— de “Natura”⁵⁴, y a brindar algunos consejos a propósito de otras traducciones realizadas por el propio Oller, o por diversos miembros de su círculo, que Pereda cuestiona con insólita franqueza. En este punto radican reflexiones muy atinadas sobre los problemas que entraña el *contacto* entre las dos lenguas, y, en particular, cuando sea el autor barcelonés quien vierta al español su texto escrito previamente en catalán. Pereda, al igual que Galdós, comentará a Oller que éste maneja con notable soltura el castellano, no siendo pues para él una lengua ajena —como se empeña en decir Oller—: lo demostraría por ejemplo “Entre padres e hijos”, un artículo “precioso” inserto en *Navidad* (Imp. Thomas, 1894)⁵⁵. Ahora bien, recalca al contrario que la traducción realizada por el autor catalán de sus textos —llámese Oller, J. Pin i Soler o J. Riera i Bertrán— suele ser en exceso postiza y con una sintaxis poco correcta.

Mas ello no impide que Pereda esté a favor de una inter-comunicación entre el castellano y los otros idiomas ibéricos, según se deduce de esas cartas a Oller (vimos ya atrás algún levisimo *collage* lingüístico incrustado en ellas). Es decir, reivindica el *contacto fecundo* entre ellos, anticipando tímidamente una conocida tesis de Unamuno y, en caso de situarnos en el centro del siglo XX, alguna consideración no menos apasionante de Josep Pla. Contacto fecundo, en efecto, propiciador de determinadas contaminaciones inter-lingüísticas: esos mestizajes léxicos que el modernismo propiciará ya sin la menor cautela —piénsese, sobre todo, en un Valle-Inclán y su axioma “Los idiomas nos hacen, y nosotros hemos de deshacerlos”, para que así las nuevas generaciones engendren “dialectos suyos”⁵⁶—.

Apertura, no cerrazón: no rigidez académica, no purismos a ultranza, parece invocar el autor de *La leva*. ¡Qué paradójico resulta observar al ‘cervantino’ Pereda (en calificativo de J. Maragall⁵⁷) poco ortodoxo y nada academicista! Lo documentaré, pongo por caso, Apel.les Mestres quien en *Recorts y fantasies*, y evocando una sobremesa con don José en su casona de Polanco, ante la pregunta de éste sobre

54. Estudio con pormenor la versión castellana que Pereda hizo de “Natura” en la ponencia citada en nota 21. Se trata de una traslación en la que el autor de *Sotileza* tiene muy en cuenta cómo el medio geográfico, el clima, las labores de la tierra condicionan en buena medida los referentes lingüísticos y el habla de los campesinos, sus modismos, sus expresiones. Lo que pretende Pereda es *reconstruir* “Natura” al castellano, un castellano estándar teñido hábilmente con algún giro popular, o rural, de Cantabria. Por lo que esta traducción se convierte, pues, en un ejercicio nada desdeñable de escritura regionalista...

55. Carta del 19 de diciembre de 1894; Bensoussan 1970: 327.

56. Valle-Inclán 1922: 72.

57. Este “*cervantismo* de Pereda” que “en otros *poetae minores* ha resultado una verdadera calamidad” (Maragall 1961: II, 149b).

las razones por las que no escribía en castellano, le respondió entre sorbo y sorbo de café: “Hi escric més de lo que ningú’s pensa. Sí; hi escric... però n’ho publico”. Ante la sorpresa de su anfitrión, replicaría Mestres: “Per una rahó molt senzilla; perquè no puc rellegir fredament una plana meva, escrita en castellà, que no hi trobi una catalanada”. Tras dicho razonamiento saltó Pereda, “arrugant el front”, con estos argumentos, y que resumen muy bien un sinfín de reflexiones esparcidas en sus cartas a Oller:

Y a què diu catalanades? [...]. Sab de què tenen por vostès? Als crítics de Madrid [...] que’s miren per damunt de l’espatlla tot lo que vé de provincies, que’s complauen en trobarhí faltes y calificar de tals coses que n’ho són; mentres ells, en cambi, els caçadors de provincialismes, ens infesten el castellà de madrilenyismes [...] lo qu’es molt pitjor, y de tota mena de barbarismes.

Para concluir con esos juicios, donde aflora ya la tesis perediana tendente a fijar vasos comunicadores entre el castellano y las otras hablas hispanas, rehuyéndose (gracias a dicha savia regeneradora) la muerte por asfixia académica de aquél:

Provincialismes!... Catalanismes! Què es tot això sinó paraules, locucions, que cada escriptor aporta de la seva regió, perquè no’n troba en castellà que li responguin ab prou precisió –que hi falten, tal vegada–; flors espigades en els camps espanyols y que venen a enriquir la toia de la llengua espanyola. Perque tot això es riquesa espanyola, y lluny de deixar-la perdre, es fer obra bona trèure-la de l’oblit i ajuntarla a la riquesa nacional. Això no es malmetre la llengua, com molts pretenen, sinó enriquir-la, engrandirla, vivificar-la. No pot figurarse les *peloteras* qu’en aquest sentit he sostingut ab més de quatre acadèmics, que per “llengua espanyola” no admeten més que la del teatre clàsic, perque desconeixen en absolut la riquesa que viu en les llengües i dialectes regionals!...⁵⁸

Estas declaraciones ponen en entredicho la ‘foto fija’ de Pereda que, con el modernismo, fue echando raíces en nuestras letras: piénsese en la tan arbitraria frase de Rubén Darío reprochándole al autor de *Sotileza* cultivar un más que artificioso castellano⁵⁹. Declaraciones expuestas al hilo de una conversación informal (sin los rigores, pues, de un discurso erudito), si bien cuestionan las pautas de un rígido centralismo lingüístico. Y que coinciden con una de las tesis contenidas en el antes citado “Palique”, donde puede leerse que “Los provincialismos españoles [...] son el jugo, la savia de la lengua patria, al decir de un docto crítico”⁶⁰.

58. Mestres 1906: 188-190 para todas estas citas.

59. “El señor Pereda debería no separarse de la Real Academia [...]. Es él quien escribe los *relieves del yantar*; por limpiar, fijar y dar esplendor a *las sobras de la comida*” (Darío ¿1925?: 225).

60. Pereda 1999: XIII. Este *docto crítico* es, sin duda, M. Menéndez Pelayo quien cerraba su reseña a *Bocetos al temple* con parecidos términos: “Sobresale el señor Pereda entre los que con más éxito han intentado reanimar nuestra lengua [...] con la vigorosa savia del *provincialismo*” (Menéndez Pelayo 1941: XI, 338).

Y por ahí, aunque sea por medio de un reflexionar muy humilde —es de justicia reconocerlo— anticipa Pereda alguna de las tesis en favor de una interpenetración activa entre el castellano y las otras lenguas peninsulares, tal como sostendría Unamuno a comienzos del siglo XX y Josep Pla reinterpretará cuatro lustros más tarde, alusivo a su época de periodista en Madrid y a las conversaciones que sostuvo con el rector salmantino, amén de la lectura de algunos ensayos suyos. En dos de estos trabajos —“Sobre la lengua española” y “Contra el purismo”— el autor de *Niebla* se dirige a los vascos y catalanes exhortándoles a que ‘se adueñen’ del español —un idioma “en su actual hechura no definitivo”— y, de esa forma, “nos apliquemos a enriquecerle, a flexibilizarle, sin admitir [ya] monopolios casticistas”. Para terminar reclamando una “manera” vasca y catalana de “trabajar” en el seno del castellano y con ello, junto a los hispanohablantes de América, concebir una nueva lengua: el “sobrecastellano”.

Y eso porque —razona— los idiomas debieran ser libres, libres de purismos esterilizadores, propensos al contrario a la “mezcla” más impúdica: “en las lenguas, como en los organismos superiores, la propagación viva solo se cumple merced a generación sexuada, a la conjunción de elementos diversos [...]”. En suma, frente a la “tiranía casticista” de la Academia, “nosotros, los vivos heterodoxos [...] procuremos [...] ensuciarla algo”. Es de matizar, sin embargo, que Unamuno va, ciertamente, muchísimo más lejos que Pereda, no dejándose embridar en ningún momento por las emociones regionales. Hará hincapié en que esa “reformación” del habla, aparte de “volver en lo posible a la lengua del pueblo español, no castellano tan solo” debiera además absorber el “exotismo [lingüístico] europeo”, aceptando toda suerte de extranjerismos, puesto que las lenguas “no [son] impenetrables; cabe comercio en ellas”⁶¹.

Estas ideas unamunianas sobre la reinención del español sedujeron grandemente a J. Pla quien las sintetizaría en un “Calendario sin fechas”, que vio la luz en *Destino* el 17 de abril de 1943. Y síntesis, encomio, artículo que entañará un alegato a favor de su originalísima reinterpretación del castellano literario, henchido a conciencia de giros, vocablos de estirpe catalana, un castellano heterodoxo pues, cuestionado como es bien sabido por los puristas de ambas lenguas. Escribe a ese fin, y la cita constituye ya el último cabo de la comunicación, que

Unamuno partía de la idea que un idioma es algo vivo, creado por el pueblo —no por los académicos—; que lo biológico de un idioma, su potencialidad, consiste en su capacidad de incesante captación, de continuada transformación, de sistemática transgresión de las leyes gramaticales [...]. Él buscaba la lengua en el pueblo [...], en las zonas fronterizas, donde las palabras ganan o pierden.[...]. Respecto de las gentes de este país que escriben en distintos lugares, decía que lo que puede aportar la periferia al castellano es de una riqueza indescriptible⁶².

61. Unamuno 1970: I, 323, 331, 323, 416, 414, 326, 422, 327, 412 y 415.

62. Pla 1943: 8. Huelga casi advertir que este artículo rezuma historicidad por los cuatro costados...

Estas cuartillas han sido más ‘estratégicas’ que eruditas: un conjunto de apuntes encaminados a avivar un debate en torno a los hilos comunicadores existentes entre la literatura castellana y, en nuestro caso, las letras catalanas. Pereda y Oller como binomio que facilita tal inter-comunicación: un Pereda, no se olvide, descubierto en Barcelona antes de la publicación por Biblioteca Arte y Letras de *El sabor de la tierruca*. Dicho título, al contrario, sería ya fruto de una recepción atenta de la primera narrativa perediana en la década de 1870 por el “catalanismo literario”, según atestiguan algunas cartas cruzadas entre nuestro novelista y Menéndez Pelayo⁶³. En una de ellas, escrita el 25 de octubre de 1878, le comunicará por ejemplo Marcelino a Pereda que en Madrid “Díjome [Milá y Fontanals] que el *Buey [suelto]* era novela muy de su agrado y del de todos los que la habían leído en Barcelona”⁶⁴.

Ha menudeado en las presentes páginas la forma prefija /inter-/ con su valor semántico de ‘entre, en medio’, con miras a resaltar el tan activo vínculo entre las letras castellanas y las letras catalanas: “interlocutores”, “intercambio”, “interpenetración”, “intercomunicación”, “contaminaciones interlingüísticas”, etc. Mas volviendo al profesor Habermas y a su énfasis en la materialidad de las interacciones humanas —el “mundo de la vida”— podría ser oportuno, a modo de cierre, rescatar un texto desconocido de Narcís Oller. El ya mencionado autógrafo *De com coneguí á Pereda*, donde ofrece este retrato tan físico de su entrañable amigo, y retrato que sería recompuesto años después en las *Memòries literàries*, con lo que algunos matices originales se perdieron irremediabilmente. Dice tal semblanza —de la que recojo sólo un brevísimo fragmento—:

[...] de sobte, molt aprop de la Rambla me crida l’atenció un senyor alt, prim, moreno, de cara llarga, nas aguileny, bigoti molt aflat, perilla grisenca, cabell ondulós apresonat por un copalta un xic decantat a l’esquena y en tota sa figura un cert desmaideyament elegant, d’artista⁶⁵.

63. El sintagma ‘catalanismo literario’ —que no ‘político’— se intuye en diversas misivas peredianas. Así, agradeciéndole a Oller los abundantes volúmenes de novela, teatro, poesía con que le van regalando él y sus colegas barceloneses, escribe que, todos ellos, “forman una biblioteca de catalanistas que yo estimo más de lo que V. puede imaginarse” (carta del 31 de octubre de 1884; Bensoussan 1970: 149). Era en aquellos días expresión común entre los literatos barceloneses: «la meva [...] conversió al catalanisme literari” (Oller 1962: 1).

64. M. F. de Pereda y E. Sánchez Reyes 1953: 48.

65. Fons Narcís Oller, 5 D. 53-8/C8-6. Por el trazo de la letra —muy firme— dicho autógrafo debió ser compuesto poco después de este encuentro en la Barcelona de 1884. Comp. con Oller 1962: 34, en texto rehecho y con alguna huella del retrato perediano que había pergeñado Galdós en su prólogo para *El sabor de la tierruca*, Biblioteca “Arte y Letras”, Barcelona, 1882, p. VII. Transcribo íntegramente estas hojas memorialísticas en la ponencia mencionada en nota 22.

Bibliografía

(*El signo + identifica la edición a cuyas páginas remiten las referencias hechas en el curso de la comunicación*).

- ALAS (“Clarín”), Leopoldo, *Mis plagios. Un discurso de Núñez de Arce, Obras completas*, IV, *Crítica*, ed. L. Bonet, Oviedo, Nobel, 2003, pp. 1035-1105.
- BENSOUSSAN, Mathilde, *L’amié littéraire de José María de Pereda et de Narcís Oller à travers les lettres de Pereda et les Mémoires d’Oller*, tesis doctoral (inédita), Université de Rennes, 1970.
- BONET, Laureano, ed., José María de Pereda, *La puchera*, Madrid, Castalia (Clásicos Castalia, 93), 1980.
- DARÍO, Rubén, “Los inmortales”, *España contemporánea, Obras completas*, XXI, Madrid, Imp. de Galo Sáez, s. a. [¿1925?], pp. 217-228.
- GONZÁLEZ HERRÁN, José Manuel, *La obra de Pereda ante la crítica literaria de su tiempo*, Santander, Ayuntamiento de Santander-Estvdio, 1983.
- HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa*, II, Madrid, Taurus, 1987.
- , *Conciencia moral y acción comunicativa*, Barcelona, Península, 2000³.
- “Los Juegos Florales”, *La Vanguardia*, 4 de mayo de 1896.
- MARAGALL, Joan, “La joven escuela castellana”, *Diario de Barcelona*, 28 de febrero de 1901; reimpr. en *Obras completas*, II (*Obra castellana*), Barcelona, Selecta, 1961, pp. 149-151⁺.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, “Bibliografía. Bocetos al temple”, por D. José María de Pereda”, *El Aviso*, 22 de agosto de 1876; reimpr. en *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria. Escritores montañeses*, VI, ed. E. Sánchez Reyes, *Obras completas*, XI, dir. M. Artigas, Santander, CSIC, 1941, pp. 331-338⁺.
- , *El Doctor D. Manuel Milá y Fontanals. Semblanza literaria*, Barcelona, Gustavo Gili, 1908.
- MESTRES, Apeles, “Parlant ab en Pereda”, *Recorts y fantasies*, Barcelona, Biblioteca d’el Poble Catalá, Imp. de Fidel Giró, 1906, pp. 185-191.
- OLLER, Narcís, *Discurs llegit en la Festa dels Jochs Florals del any 1896*, Barcelona, Imp. “La Renaixensa”, 1896.
- , *Obras completas*, Barcelona, Selecta, 1948.
- , *Memòries literàries. Història dels meus llibres*, Barcelona, Aedos, 1962.
- PEREDA, José María de, “Discurso de gracias del mantenedor D. José María de Pereda, leído en los Juegos Florales celebrados ayer”, *La Vanguardia*, 9 de mayo de 1892.
- , “Corona de perpetuinas, a la memoria de Mossén Jacinto Verdaguer”, *Catalunya Artística*, núm. 105 (19 de junio de 1902), p. 404.
- , *Nubes de estío, Obras completas*, VII, ed. J. M. González Herrán, Santander, Tantín, 1999.
- , *Peñas arriba*, ed. L. Bonet, est. prel. G. Gullón, Barcelona, Biblioteca Clásica, CECE, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 2006.
- PEREDA Y TORRES QUEVEDO, María Fernanda de y Enrique Sánchez Reyes, eds., *Epistolario de Pereda y Menéndez Pelayo*, Santander, CSIC, 1953.

- PÉREZ GALDÓS, B[enito], *Fortunata y Jacinta. (Dos historias de casadas)*, Madrid, Imp. de La Guirnalda, 1887.
- , “Corona de perpetuinas, a la memoria de Mossén Jacinto Verdaguer”, *Catalunya Artística*, núm. 105 (19 de junio de 1902), p. 398.
- PLA, José, “Calendario sin fechas. Un purista tímido”, *Destino*, núm. 300 (17 de abril de 1943), p. 8.
- PRITCHETT, V[ictor] S., “Temperament of Genius”, *Completed Collected Essays*, New York, Random House, 1991, pp. 1298-1304.
- SALVAT, Ricard, “Algunes bases crítiques per a una possible reestructuració dramàtica de l’actual teatre de Guimerà”, *Àngel Guimerà (1845-1924)*, Barcelona, Fundació Carulla-Font, Barcino, 1974, pp. 18-56.
- SARDÀ, Joan, “J. M. de Pereda. *Sotileza*”, *La Il·lustració Catalana*, 15 de febrero de 1885; reimpr. en *Obres escullides. Serie catalana*, Barcelona, Llibreria F. Puig y Alfonso, 1914, pp. 227-237⁺.
- SHOEMAKER, W[illiam] H., “Una amistad literaria: la correspondencia epistolar entre Galdós y Narciso Oller”, *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXX (1963-64), pp. 247-306.
- UNAMUNO, Miguel de, “Sobre la lengua española” y “Contra el purismo”, *Ensayos*, I, ed. B. G. de Candamo, Madrid, Aguilar, 1966⁷, pp. 323-334 y 409-423.
- VALLE-INCLÁN, Ramón del, *La lámpara maravillosa. Ejercicios espirituales*, Opera Omnia, I, Madrid, Imp. “Artes de la Ilustración”, 1922.
- VAN HOOFF COMAJUNCOSAS, Andreu, “Una historia de historias: encuesta sobre historiografía literaria”, monográfico *Literaturas de España 1975-1998: convergencias y divergencias*, *Foro Hispánico*, núm. 14 (1998), pp. 9-119.
- WOOLF, Virginia, “Dorothy Osborne’s Letters”, *Collected Essays*, III, ed. L. Woolf, London, Chatto and Windus, 1969, pp. 59-65.

